

Procurad, pues, amados hermanos, asistir á las sagradas procesiones, de las cuales, como nos lo asegura la Iglesia, podemos reportar muchas y saludables gracias, si las acompañamos con verdadero espíritu de religion: *Salvatares christiano pietatis fructus eas pié exequentes á Deo consequuntur* (RR. ROM. III SUP). Meditemos con devoción los misterios que representan. Así, al llevar hoy las palmas en las manos, acordémonos de la entrada que hizo Jesucristo en Jerusalem para triunfar con su muerte del pecado y del infierno, y guardémonos de volverle las espaldas, como lo hicieron los malvados judíos, despues de haberlo aclamado por verdadero Hijo de David y Redentor del universo. Cuando veamos ir delante la santa cruz, recordemos que somos discípulos del Hijo de Dios humanado, y que si seguimos sus pasos, llegaremos á gozar eternamente las delicias de su gloria. Imitando los ordenados coros de Angeles y Santos del paraíso, andemos con el orden y la separación, con la gravedad y devoción que nos manda la santa Iglesia, uniendo nuestras oraciones á las suyas, y guardándonos de causar el menor escándalo con nuestra falta de modestia y compostura. Pero, sobre todo, cuando se lleve públicamente el santísimo Sacramento á los enfermos en forma de Viático, ó en las solemnes procesiones instituidas, como declaran los Padres del concilio Tridentino, para triunfo de la verdad contra el infernal monstruo de la herejía, acudamos todos á acompañar con viva fé, con profunda humildad y caridad ardentísima al Verbo eterno revestido de nuestra carne, á cuya presencia tiemblan los Angeles, y los Serafines se cubren el rostro por reverencia; y supliquémosle de todo corazón que no permita que salgamos de este mundo sin ser antes corroborados y fortalecidos con aquel pan celestial y suavísimo, verdadera fuente de todos los bienes, á fin de que, despues de nuestra muerte, podamos ir á contemplar por toda la eternidad el divino semblante de aquel Señor, á quien, bajo el velo de las especies eucarísticas, adoramos ahora y acompañamos en el Sacramento, que, como dice S. Ambrosio, es remedio eficazísimo de todos los males: *Medicina est celeste, et venerabile sacramentum* (LIB. V DE SACRAM. CAP. 4).

DIVISIONES.

PROCESIONES.—La Iglesia nos enseña por la procesiones, que todos nuestros pasos deben encaminarse á Jesucristo.

La Iglesia nos enseña juntándonos en las procesiones, que allí donde está Dios, allí debemos guiarnos los unos á los otros.

La Iglesia nos enseña cantando en las procesiones, que nunca debemos estar más regocijados que cuando nos dirigimos á Dios.

PROCESIONES.—Se abusa de las procesiones cuando se asiste á ellas por un motivo de vanidad.

Se abusa de las procesiones cuando se asiste á ellas como se asistiría á una diversion.

Se abusa de las procesiones cuando se asiste á ellas con un espíritu disipado.

PRÓDIGO; véase: HIJO PRÓDIGO.

PROFECÍAS.

Effundam Spiritum meum super omnem carnem: et prophetabunt filii vestri, et filie vestrae.

*Derramaré mi Espíritu divino sobre toda clase de hombres; y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas.

(JOEL, II, 28.)

Debiendo hablaros de las profecías, creo conveniente explicar primero, lo que por esta palabra entendemos. La profecía es una predicción, cuyo objeto es el anuncio de las cosas futuras. La declaración hecha en nombre de Dios de las cosas pasadas ó presentes, pero secretas, se llama revelación.

No toda predicción es una profecía; la astronomía predice, y el médico, el físico, el político predice. La profecía es la prevision cierta y la predicción de las cosas futuras cuyo conocimiento no puede adquirirse por las causas naturales. Las profecías son una prueba palpable de la verdad de nuestra santa religion; nada tiene, pues de extraño que los ímptos los hayan atacado con encarnizamiento, hasta negar su posibilidad. Nosotros vamos á defenderlas, y á responder á las objeciones que contra ellas se hacen. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

1. Para negar la posibilidad de la profecía, es preciso sostener: 1.º ó que Dios no prevé todos los acontecimientos, 2.º, ó que no puede ponerlos en conocimiento del hombre; cosas ambas absurdas, pues la presciencia de Dios es inmensa é ilimitados sus medios de comunicacion con el hombre. La profecía es una palabra de Dios destinada á dar á conocer al hombre unas verdades á que por sí misma no alcanza su razon, y que, sin embargo, son necesarias al cumplimiento de su destino. La palabra es un poder inmaterial, y por consiguiente nada se opone á que la tenga Dios, puesto que como Dios es inmaterial, todo lo inmaterial puede convenirle. Además, ¿qué es la palabra sinó la facultad de iniciacion, la facultad de comunicacion de las ideas propias á otro? ¿Y cómo querriais que Dios careciese de poder de iniciacion, de poder de comunicacion? Evidentemente, decir que Dios, que estableció todas las relaciones de los seres, no es susceptible de tener relaciones inmatrimales con ellos, y por consiguiente hablarles, es decir algo absolutamente ininteligible á la mente.

La profecía excluye todos los conocimientos naturales. Por consiguiente es de un orden superior, y solo puede proceder de Dios. Es un género de milagro que solo él puede obrar, ya por sí mismo, ya por aquellos á quienes dá la facultad de obrarlo. Por otra parte, es evidente que excede á todo poder humano, no solo dirigir los acontecimientos lejanos, sinó aún á prever las causas necesarias ó accidentales que en el curso de los siglos podrán influir de varios modos en las futuras eventualidades. De estos principios emanan dos consecuencias: 1.º La profecía es la palabra de Dios, como el milagro es su obra. 2.º La profecía merece nuestro asentimiento.

Siendo de suyo la profecía una cosa sobrenatural, forma parte del orden sobrenatural de la Providencia. Todo este orden, y por consiguiente la profecía, se refiere á la salvacion del hombre y á la verdadera religion, que es su medio. No puede pues la profecía tener otro objeto, sea directo ó indirecto. Efectivamente, en nuestros sagrados libros vemos que todas las profecias se refieren al objeto espiritual como á su fin, sea inmediato ó mediato. Las más se refieren á la venida del Mesías; las que se refieren al orden temporal sirven para probar, con su cumplimiento más próximo, las verdades de las demás profecias relativas á la religion.

La profecía es un hecho divino, tanto como un milagro. Su autor es y no puede ser más que Dios. Desde que se comprueba y se reconoce por verdadera á su cumplimiento, viene á ser un testimonio fundamental de la divinidad de la religion en cuyo favor se ha hecho. La filosofia no puede desechar esta conclusion. Las profecias forman

parte de las partes más importantes de la Sagrada Escritura; establecen la verdad de la religion, pues solo Dios conoce el porvenir.

2. Las profecias tienen sus caracteres, y éstos son negativos unos y positivos otros. Los caracteres negativos son los que muestran la falsedad de una profecía. Los positivos son los que muestran su verdad y su indisputable procedencia de Dios. Tres son los caracteres negativos: 1.º EN NOMBRE DE DIOS. El primer carácter necesario para que una predicción se considere procedente de Dios, es que quien la anuncia declare que la publica en nombre de Dios, y que es su enviado. Ya se conoce que eso es una nota negativa, pues es muy posible que alguno se llame falsamente ministro de la Divinidad. 2.º SANTIDAD DEL PROFETA. También es una señal puramente negativa, pues el carácter moral de un hombre no puede conocerse bastante para formar una prueba demostrativa de su veracidad. 3.º PUREZA DE LA DOCTRINA EN CUYO FAVOR SE HACE LA PROFECÍA. Esta nota no es más positiva que las precedentes; puede suceder que un impostor predique la doctrina más pura. La sana doctrina y las malas costumbres no son inconciliables. Se puede decir la verdad sobre un punto y engañar sobre otro.

Tres son los caracteres positivos: 1.º LOS MILAGROS OBRADOS POR LOS PROFETAS. El milagro es el sello de la Divinidad, la credencial que el Omnipotente dá á sus enviados. A quien quiera que anunciándose como profeta obra milagros, por tal debe tomársele. Dios no favorece la impostura. 2.º PROFECIAS DE SUCESOS PRÓXIMOS EXACTAMENTE REALIZADOS. Los que creen el cumplimiento actual de éstas no pueden dudar del cumplimiento futuro de aquéllas. Están seguros de que Dios, que ha hecho cumplir las unas, sabrá efectuar las otras. «Los profetas, dice Pascal, hicieron profecias particulares entre las del Mesías, á fin de que éstas no careciesen de pruebas, y de que aquéllas no careciesen de fruto (PENS. c. xxiii, n. 13).» 3.º LA última señal de la profecía, y la más decisiva, es su cumplimiento; pero es preciso que este cumplimiento no haya podido tener lugar por casualidad ni preverse naturalmente. Este carácter es positivo al par que negativo. Por una parte es evidente, que un acontecimiento que solo Dios ha previsto, solo él puede haberlo predicho; y por otra es también evidente, que una predicción que no se realiza no proviene de Dios, quien no ha podido engañarse ni engañar.

De cuanto acabamos de exponer resulta, que la profecía forma una prueba sólida de la religion, cuando se está cierto de cuatro cosas: 1.º De que la predicción se ha hecho antes del suceso. 2.º De que el suceso ha correspondido exactamente. 3.º De que el suceso no habia

de preverse por causas naturales al predecirse. 4.º De que el concurso del suceso con su prediccion no puede ser efecto de la simple casualidad.

5. Escuchemos ahora las objeciones que nos opone la impiedad. Voltaire ha dicho: No puede saberse el porvenir, porque no puede saberse lo que no es (FILOSOFIA DE LA HISTORIA, C. XXI, ORÁCULOS). Se le contestará, que un astrónomo puede prever con certeza los eclipses que aún no son. ¿Acaso el porvenir es un libro cerrado para Dios? El paganismo ha tenido tambien sus profetas; los arúspices, los augures, los oráculos,* las profecías, ¿todo eso no se parece? No. Argumentar así es decir: se han publicado falsos principios morales, falsos argumentos, falsas historias; luego no hay verdaderos principios, verdaderos argumentos, verdaderas historias. Se han visto falsas profecías, luego no las hay verdaderas. Debe decirse lo contrario: porque ha habido verdaderas profecías, se han hallado las falsas, pues la impostura solo procura contrahacer la verdad. En todo esto el punto esencial es examinar si esas diversas profecías llevan iguales caracteres, y discernir así las verdaderas de las falsas. Es evidente que los oráculos paganos solo hicieron predicciones equívocas y engañosas. Así lo confiesan los sabios.

—El demonio puede hacer profecías; luego podemos ser engañados. Aquí diremos, como respecto de los milagros, que si el demonio puede hacerlas, solo es por un permiso particular de Dios, y Dios nunca permitirá que el demonio llegue á engañarnos. Dios no autoriza prodigios para acreditar la mentira. En su veracidad, bondad y justicia, impide que el error se establezca en su nombre. Aceptemos, pues, las verdaderas profecías; aprovechémonos de ellas, pues se refieren á nuestra salvacion.

PROFESION RELIGIOSA; véase: RELIGIOSA.

PROFETAS FALSOS.

*Attendite à falsis prophetis.
Guardaos de los falsos profetas.*

(MATT. VII, 15.)

Hermanos míos, es un carácter muy respetable el del profeta. No hay mision más santa que la suya: es el mensajero del cielo, encargado de anunciar sus verdades á la tierra. Tales fueron Daniel, Isaías y muchos otros, tan distinguidos por sus virtudes como por sus oráculos. Esos hombres, enviados de parte de Dios y á quienes Dios inspiraba, son dignos de nuestros homenajes, y su palabra merece ser acogida con tanto reconocimiento como respeto. Acordaos, hermanos míos, de cuánta consideracion los rodeaba el pueblo de Dios, y de que trabajos era afligido cuando despreciaba sus avisos. Así pues, respetemos y obedezcamos al ungido del Señor que viene á instruirnos en su nombre. Pero desconfiemos tambien de aquellos que, afectando un carácter que no tienen, una mision que no han recibido, quieren constituirse en vuestros preceptores y en vuestros guías; tal es el precepto del Salvador; y si fuese observado, la sociedad no tendría que deplorar tantos males. Hoy quiero, pues, exhortaros á huir de los falsos profetas; quiera el cielo que os aprovecheis de esta instruccion. Pidamos esta gracia por la intercesion de la Virgen. A. M.

1. El espíritu del mal, desde el instante que perdió á nuestros primeros padres, no ha cesado de tender sus lazos al linage humano. Ha tenido siempre mensajeros de lisonja y de corrupcion; de ahí todos esos títulos que, bajo diversos nombres, bajo diversos espíritus, han trabajado y todavía trabajan en seducir á las almas con sus escritos, con sus palabras, con sus consejos y con sus ejemplos. Se anuncian á los pueblos como profetas de la verdad, de la virtud y de la dicha, mientras que no llevan consigo más que tinieblas, vicio y miseria. Su ciencia es tan falsa como perverso su genio; ó más bien, no poseen sino la ciencia y el genio del mal. Ministros de Satanás en la tierra, prosiguen en ella su obra de perdicion, y se dicen oráculos de Dios y amigos de los hombres. ¡Desgraciado del que los escucha!

Y á pesar de esto, la multitud corre tras de ellos; basta creerse profetas para atraerse sus miradas y sus aplausos. Se veneran, y son conducidos en triunfo como gloria de su nacion y luz de su siglo: bajo este aspecto, los tiempos modernos no son más prudentes que los tiempos antiguos. ¡Qué admiracion la prodigada á ciertos nombres! ¡Qué atractivo en ciertos hombres que, mejor estudiados, no inspirarian más que desvío y horror! Hay en ellos sin duda una apariencia de grandeza que impone: su audacia puede considerarse como fortaleza; su genio y su ciencia tienen poderosos encantos, y, por otra parte, se consiente tan fácilmente en dejarse engañar, puesto que la vanidad queda satisfecha! En la vida pública y privada es casi siempre el orgullo quien decide vuestras simpatías y nuestra eleccion por un partido cualquiera. Léjos de mí, hermanos míos, el pensamiento de negar toda sinceridad! Hay afecciones y convicciones profundas. ¡Si! hay corazones nobles que no nivelan sus servicios al éxito de su causa, que saben combatir y morir por ella, por desgraciada que sea. Pero es también cierto que las cualidades más ó menos brillantes del jefe deciden de la moralidad de su causa, más bien que el color de su bandera. Para hacerse discípulo de una escuela, la elocuencia del maestro, y no su doctrina, es lo que se examina. Que cada uno se pregunte los motivos secretos de su afeccion á tal ó cual partido, á tal ó cual doctrina. Decidnos por qué colocais en vuestras bibliotecas tales ó cuales obras de política, de filosofía y de literatura; ¿no es muchas veces más bien por consideracion al nombre de sus autores que á su doctrina? Tal libro, tal novela ha salido á luz con un nombre ensalzado, con razon ó sin ella; es un nombre que ha adquirido nombrada, y esto basta para que se tenga el honor de ser su discípulo y su partidario. Es un profeta el que se levanta lanzando sus profecías á través de la multitud, y todos acogen con avidez sus hojas volantes, inquietándose poco del espíritu que las ha inspirado. ¡Cosa extraña! lo que más debe interesar al hombre es precisamente lo que menos estadia. Él, tan desconfiado por naturaleza, nunca es ménos suspicaz que cuando con más motivo debiera serlo, dejándose arrastrar por las apariencias en vez de buscar la realidad. Si se le presenta una luz la sigue con tal que sea brillante, sin examinar si es pura y duradera. Se abre un camino; sus bordes están floridos, y se arroja en él sin inquirir el objeto. Se presenta un hombre explicándose con deslumbradoras palabras, y lo aclama sin preguntar de parte de quien viene. Acordaos del consejo del Sábio, y medita bien vuestros pensamientos y vuestras obras ántes de producirlas. Medita bien, hermanos míos, sobre los hombres que atraen vuestras simpatías, ántes

de aceptar su palabra y entregaros á ella. Guardaos de todo atractivo, de toda precipitacion: el temor es el principio de la sabiduria, dice el Salmista; y Jesús, recomendando la sencillez de la paloma, quiere al mismo tiempo la prudencia de la serpiente. Tal es el medio de prevenir toda decepcion y todo atractivo.

Es muy culpable, hermanos míos, esa tolerancia que nada excluye y que todo lo admite; es muy peligrosa esa curiosidad de verlo todo, de oírlo y de conocerlo. «Hijo mío, dice el Sábio en los *Proverbios*, no te acompañes con los pecadores, desvia tu pié de sus senderos. Santo con los santos, te pervertirás con los pecadores.» Ved también hermanos míos, con que instancias recomienda el mismo Dios á su pueblo no emparentar con los infieles, y con cuántas precauciones los rodea para impedir toda comunicacion con ellos, porque exponiéndose al peligro, se acaba por perecer en él; así es como Eva se dejó arrastrar por la seduccion de la serpiente; así es como Dina, hija de Jacob, perdió su honor entre las hijas de Siquem, á quienes habia querido ver. Así es también como se pierden todas las almas. No se quisiera hacer el mal: se atiene á su fé, á su inocencia y á su probidad; pero la confianza, el aprecio y la amistad dilatan el corazon; nos acostumbramos á ver y oír lo que en un principio no quisiéramos nosotros mismos hacer ni decir, y poco á poco nos parece el mal ménos odioso y ménos culpable. Por otra parte, la corrupcion de nuestra naturaleza nos hace más apeteible el vicio que la virtud. Y luego considerad á cuántos lances pesados puede exponernos la temeridad de un espíritu curioso, ligero, poco previsor, sin consejo y sin prudencia. No digais pues que las conveniencias sociales os precisan á frecuentar á tal hombre y tal sociedad; que la moda, á pesar de sus caprichos, tiene sus exigencias imperiosas, y que es necesario someteros á ellas. Huid de todo lo que puede acarrear la menor ofensa á las santas leyes del pudor, de la piedad y de la justicia. Contad con vuestras fuerzas, y estad por lo mismo persuadidos de que el menor esfuerzo basta para humillarlos. Huid de esas corruptoras lecturas que poco á poco vierten el veneno en vuestro espíritu y en vuestro corazon; huid de esas conversaciones que, bajo formas graciosas y espirituales, derraman el sarcasmo, la blasfemia y la malicia sobre las personas y las cosas más respetables; huid de esos espectáculos donde la pasion no se adorna con apariencias honestas sino para seduciros mejor; guardaos de los falsos profetas: *Attende á falsis prophetis.*

2. Pero ¿es posible, hermanos míos, reconocer siempre á los falsos profetas? ¿Son tantas las voces que se levantan á través del

mundo y nos llaman, tantas las doctrinas que se propanan, tantos los partidos que dividen la sociedad, tantas las pasiones que nos atraen y nos excitan! Escuchad al Salvador: «Guardaos de los falsos profetas, que vienen á vosotros cubiertos con pieles de ovejas, pero que en el interior son lobos rabiosos.» Fisonomía dulce y corazón cruel, tales son los rasgos con que el Salvador los caracteriza; y en efecto, tales fueron siempre, y tales son ahora. Recordad con que lisonjeras palabras sedujo la antigua serpiente á Eva, y en que desgracia la precipitó. Los falsos profetas no han degenerado de su padre; preguntad á la historia, y en todas partes y en todas épocas los encontrareis los mismos, cualquiera que sea el teatro en que hayan vivido. Hombres políticos comenzaron por llamarse libertadores del pueblo; oídles deplorar su miseria, su humillación, y prometerle libertad, gloria y felicidad. Por medio de su brazo y su reinado debía desaparecer el infortunio, la riqueza debía correr como río inagotable al seno de ese pueblo, de quien se decían protectores y sinceros amigos. En el mundo religioso usan de la misma mansedumbre en sus formas exteriores, de la misma santidad en sus palabras; vienen á volver á la religion su verdadero espíritu, á restablecer el dogma en toda su pureza, y su moral es infinitamente dulce. En la vida literaria su palabra no es ménos seductora; ellos mismos se constituyen en oráculos de buen gusto; no aman más que lo cierto, lo bello y lo bueno. Siempre, finalmente, los encontrareis revestidos de la piel del cordero, con el fin de que se crea en su inocencia. Esa dulzura, esa mansedumbre es una máscara y un lazo. Esperad todavía algunos días, dejadles que se insinúen en el espíritu y corazón de los crédulos; dejadles engrosar el número de adeptos, y vereis también multiplicarse el número de las víctimas. Así comenzaron los tiranos que han oprimido á los pueblos, los herejes que han abandonado la Iglesia, y esos famosos escritores que han corrompido las naciones. Sus frutos los dan bien á conocer. «No se pueden coger uvas de los espinos ni higos de las zarzas,» dice el Salvador. Y ved en efecto con cuántos males han inundado la tierra esos hombres; ved que espantoso cuadro nos presenta la historia! Libertadores del pueblo, se hicieron sus verdugos; reformadores de la Iglesia, han destruido su santuario; oráculos del buen gusto, han corrompido todas las fuentes. Los primeros han manifestado el arte de oprimir á las naciones, los segundos han enseñado á no creer, á no practicar nada, y los otros á no avergonzarse de nada. Ved los frutos que han producido: ruinas y desolación.

¿Quereis pues, hermanos míos, juzgar á un hombre? Examinad

si sus obras son justas y buenas, edificantes y útiles. No os dejéis seducir por vanas palabras, por lisonjeras y magníficas que sean; antes de seguir á ese hombre, considerad cuál es el fin á que aspira. ¿Quereis juzgar su doctrina? No os atengais ni al genio ni al talento que la distingue; estudiad el camino que traza y las consecuencias buenas ó malas que de ella se desprenden. ¿Quereis juzgar una producción literaria ó una lectura cualquiera? Pensad en los efectos que ordinariamente produce y en los que producirá en vosotros ó en aquellos que os están confiados. «En todo cuanto vagáis mirad al fin,» dice el Sábio. ¿Qué importa que un veneno esté dispuesto con arte? No por esto dejará ménos de ser veneno. El enemigo más peligroso es aquel que, lejos de atacaros abiertamente, se insinúa diestramente en vosotros, os tiende los lazos más secretos; el que os atrae á ellos con engañosas palabras, os hiere sin que lo sintáis, y os asesina con la misma mano que os acaricia.

Pero hay, hermanos míos, otros falsos profetas, no ménos peligrosos que los demás, de los que es preciso guardarse también, y á quienes reconocereis por los mismos rasgos con que los pinta el Salvador: tales son las pasiones. También éstas se revisten desde luego de la piel del cordero para convertirse bien pronto en lobos rabiosos. Su voz es dulce, pero bien amargos y bien tristes son los frutos que producen. El orgullo os dirá que es magnífico elevarse y alcanzar honores, vencer á sus rivales, dominar á sus semejantes, recibir sus homenajes y sus adulaciones. El deseo ostentará ante vuestra vista vastos dominios, magníficos palacios, brillantes comitivas, y todas las pompas del lujo. La sensualidad os contará los encantos de los placeres y de las voluptuosidades del mundo. Todos, en fin, os dirán que la razón del hombre es soberana, y que, habiendo nacido el hombre para la felicidad, no puede imponérsele una vida austera y mortificada. Así es que, predicando al hombre una entera independencia, rompen todos los lazos de la fé, y por medio de promesas de felicidad, le precipitan en un abismo de males. ¿Qué necesidad hay de repetir aquí lo que la experiencia dice todos los días? Guardaos de los falsos profetas, que no os lisonjean más que para engañaros, que no acarician vuestro corazón más que para desgarrarlo en seguida; sofocad las inspiraciones de una naturaleza corrompida; desconfiad de toda palabra dulce, de toda promesa seductora. Vosotros, los que frecuentáis el mundo, convenceos de que no es más que un círculo que lisonjea vuestro orgullo y vuestros gustos; la sociedad no se distingue más que por el brillo del lujo, por el buen tono y por el espíritu de los que la componen. Decid: ¿qué se han hecho esa mo-

destia, esa reserva, esa severidad de costumbres y de lenguaje con que en algun tiempo os distinguiais? Un falso profeta os ha seducido y os ha perdido; él es quien ha extinguido vuestra piedad. Una voz se dirige á la virtuosa jóven, anunciándola alegría y felicidad si quiere seguirla; que tenga la desgracia de creerla, y bien pronto sus pesares le probarán lo que valen los profetas de un mundo seductor. El mundo os lisonjea prometiéndoos bienes imaginarios, y sus promesas no son más que profecías de pena y de dolor. La religion, por el contrario, severa en apariencia, no manifiesta más que austeridad, pero sus profecías son todas de felicidad. Sus frutos son tan diferentes como sus palabras. Que ellas, hermanos míos, sean la regla de vuestra elección, y la medida con la cual vosotros mismos podais juzgaros.

« Todo árbol que no produce buenos frutos, continúa el Salvador, debe ser cortado y arrojado al fuego. » Sentencia terrible de la justicia divina, que se olvida con demasiada frecuencia. Si vosotros la tuvieseis presente en vuestras tentaciones, seriais más fuertes, y os parecerian ménos seductores esos pasajeros y criminales placeres, á los cuales sacrificais en vuestra ceguedad vuestros eternos destinos. Entónces tambien vuestra vida seria ménos pobre y más fecunda; esa actividad que consumís en quiméricos proyectos y en obras culpables, la emplearíais en la virtud. ¿Qué habeis hecho hasta el presente? ¿Cuales son los frutos de vuestros pasados dias? El Señor os ha colocado aquí bajo como una planta de predileccion; os ha puesto en un terreno fértil, en su Iglesia; os ha calentado con su sol, y ha hecho llover sobre vosotros los más abundantes rocíos de sus gracias; semejante al árbol de que habla el Salmista, y que, plantado á la orilla de las aguas, adornado siempre de verdor y de flores, dá sus frutos en sazón, vuestra vida debió tambien elevarse santa, bella y fecunda, adornada de los dones de la justicia y enriquecida de méritos; y sin embargo, ¡estais pobres! « Mi viña, dice el Señor, nada bueno ha producido: *Expectavi ut faceret uvas, et fecit labruscas.* » No habeis sido más que una planta parásita, sin perfume y sin utilidad. « Os he enviado, dice Jesús á sus discípulos, para que trajerais frutos, y frutos duraderos. » Tal es tambien la mision del hombre aquí bajo; el que no la llene será echado al fuego, como árbol maldito. « Para salvarse no basta, dice el Salvador, gritar: ¡Señor! Señor! Es decir, que la piedad que dá la salvacion no es la que se limita á la oracion, piedad toda de sentimiento, pero perezosa y estéril. Abusan de ella aquellos que creen que la religion no consiste sino en algunas prácticas y en la asistencia á los divinos officios. Esa fide-

dad es infinitamente laudable; dichosas las almas que se complacen en conversar con el Señor, en frecuentar sus templos, en adornar sus altares y en cantar sus alabanzas; Dichosas las almas que desean beber en las fuentes de la gracia! Pero la fé, hermanos míos, sin las obras, es, dice el Apóstol, una fé muerta: para conseguir la vida eterna son necesarias obras conformes á la fé, obras de justicia, obras de caridad. Es necesario cumplir con los deberes de su vocacion, con las obligaciones de su profesion y de su estado; es necesario hacer la voluntad del Padre celestial. Los ayunos y las austeridades son de ningun valor para aquel que, practicándolas, continúa quebrantando los mandamientos de Dios y de su Iglesia. « El que me ame, dice Jesús, cumplirá mis mandamientos. » La verdadera piedad, la que abre la puerta de los cielos, es la piedad activa y afectuosa, la piedad laboriosa y fecunda, que dirigiendo todas sus miradas al cielo, señala sus huellas en la tierra con frutos de virtud. Esta piedad es la que debéis pedir; esta piedad es la que os deseo, para que seais dignos de la eterna gloria.

PROGRESO ESPIRITUAL.

Vidimus stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum.

Vimos su estrella en Oriente, y hemos venido con el fin de adorarle.

(MATT. II, 2.)

No sin un particular designio de la sabiduria infinita, que desde lo alto de los cielos vela sin cesar por la felicidad de los hombres, apareció en el firmamento una estrella desconocida, cuya extraordinaria brillantez llamó la atencion de los sábios de Oriente. La gracia de Dios, dice S. Leon, obró de una manera especial en la produccion de este milagro, pues quiso que el nacimiento del Mesias se anunciara á todas las regiones de la tierra, y que por un fenómeno singular, llegase primero á noticia de los gentiles que de la ingrata Jerusalem. No me detendré á manifestaros, hermanos míos, las imponderables riquezas de esta gracia, que llama á los Magos á la cuna de Jesucristo.

to: pero si os encareceré la necesidad de meditar é imitar en cuanto podáis la suma fidelidad y la prontísima obediencia con que, como nos lo atestigua el Evangelio, aquellos santos varones respondieron al llamamiento celestial.

Si el Espíritu Santo fallára sobre nuestra conducta ¿daría acerca de ella igual testimonio? ¿Diría por ventura de nosotros: Entendieron lo que el Señor les mandaba, y lo ejecutaron sin exámen, ni razonamiento, ni demora alguna? ¡Ah! ¿dónde está el alma fiel que cumple con semejante prontitud la voluntad de su Dios? Por vergonzoso que sea, preciso es confesar que rara vez abrimos los ojos á la gracia de Dios, aunque se nos manifieste del modo más evidente.

Sin querer penetrar en lo secreto de las conciencias, bien puede afirmarse, que hay entre nosotros no pocos á quienes la gracia de Dios solicita y apremia desde muchos años, diciéndoles: Pecadores, renunciad al pecado; justos, seguid el camino de la perfeccion. ¿Y cuál ha sido, hermanos míos, el resultado de tan repetidas y urgentes sollicitaciones?... No me atrevo á decirlo.

¡Ah! sacudamos de una vez la pereza é indiferencia que nos dominan, no sea que el ejemplo de los Magos, en vez de contribuir á nuestra perfeccion espiritual, acreciente, por el contrario, nuestra culpabilidad y atraiga sobre nosotros los tremendos castigos de la justicia divina. Inítemos á aquellos santos varones, yendo como ellos, llenos de fe y de amor ardiente, al encuentro de nuestro Dios, caminando sin cesar por el sendero de la virtud, y haciendo continuos progresos en la perfeccion de nuestra alma. A este fin, aprovechemos los dias de vida, breves quizás, que la divina Providencia se digne otorgarnos. Las razones más poderosas, los sentimientos más nobles, la justicia, el deber, el amor, la gratitud, todo, en fin, nos induce á ello; pero principalmente la gloria de Dios, primer punto, y nuestro propio interés, segundo punto. La demostracion de estas dos importantes verdades será el objeto del presente discurso. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Por poco que se considere el alto fin para el cual Dios nos ha criado, se conocerá que la virtud por si sola nos basta para alcanzarlo; porque nuestra almá no adquiere gloria ni mérito alguno á los ojos de su autor, sinó en cuanto se consagra á la práctica de la virtud, único medio por el cual podemos volver algun dia al seno de Dios; de manera que, si (lo que no puedo pensar sin horrorizarme) si llegásemos, digo, á perder para siempre esa felicidad infinita, sería seguramente por culpa nuestra y á consecuencia de nuestros pecados.

Si de esta consideracion pasamos al objeto que Dios se propuso al formarnos á imágen suya, nos reconoceremos aún más estrechamente obligados á la práctica de la virtud. En efecto, prescindamos del temor que deben causarnos las penas tremendas preparadas para castigo de los pecadores; sea el amor único móvil de nuestras almas, y hallaremos un nuevo y más poderoso motivo para progresar continuamente en nuestra perfeccion espiritual. Este motivo consiste en que no podemos hacer nada más agradable á los ojos de Dios que ese continuo progreso, pues con él, al paso que prestamos homenaje á sus divinas perfecciones, secundamos sus altos designios con respecto á nosotros mismos. Estas importantes verdades deben llenar de fervor y aliento á toda alma cristiana; ¡ojalá que ellas, hermanos míos, nos inspiren un amor á la virtud que nada sea capaz de disminuir ó enfriar!

Dios, sér infinitamente perfecto, es sin duda muy superior á los honores y obsequios que nuestra debilidad nos permite tributarle; mas, sin embargo, como criaturas inteligentes, como obras de sus divinas manos, nuestra mision en la tierra es glorificar su nombre. La gratitud nos obliga á prestarle aquellos honores que están al alcance de nuestros débiles medios, y por tanto, debemos procurar con el mayor ahinco ser virtuosos; aún más, progresar continuamente en las virtudes cristianas, puesto que Dios desea este progreso, lo espera de nosotros por lo que interesa á su gloria, nos lo pide con instancia y quiere que se lo manifestemos con demostraciones sensibles. Abraham estaba consagrado al servicio de Dios; su constante sollicitud en ofrecerle sacrificios, en observar y extender su culto, lo habian, en cierto modo, preparado á recibir los favores de que estaba colmado; mas, á pesar de esto, aún debia hacer mayores progresos en la virtud, segun se lo ordenó el Señor mismo diciéndole, que fuese perfecto: *Esto perfectus*. Tranquilo en el seno de su patria, honrado de propios y extraños, lleno de paz interior, porque todavía no habia llegado para él la hora de la prueba, honraba al Dios del cielo y de la tierra con el ofrecimiento voluntario de los bienes creados: empero, era preciso que se ausentase de su patria para que su virtud se acrecentara á medida de sus penas, para que con un sacrificio heroico se hiciera más y más digno de los beneficios y de la amistad de Dios. Anda en mi presencia, le dice este Dios, ansioso de la gloria que podia proporcionarle ese fiel siervo; anda en mi presencia, con cuyas palabras parece que le diga: Quiero que me des una prueba singular de fidelidad, pues no me basta que seas medianamente virtuoso; por tanto, si me adoras verdaderamente con sumision de espíritu y sinceridad

de corazón. procura imitar en tu conducta el cuadro de mis perfecciones, mi sabiduría en tus proyectos, mi misericordia en tus relaciones con el prójimo, mi justicia en tu exactitud en dar á cada uno lo suyo, mi poder en tus combates contra las pasiones, mi longanimidad en tu paciencia en las adversidades; del contrario, no serias digno de mí, y por más que mis perfecciones te admirasen, no les tributarias el homenaje de tu afecto. Yo ambiciono, yo exijo de ti este homenaje; anda, pues, sin cansarte nunca. *Ambula.* Anda segun el espíritu: fortalecido ya en la lucha con el mundo y la carne, aspira á la regularidad, y de la regularidad pasa al ejercicio de una piedad robusta y ardiente; de aquí pasa aun más adelante, vive santamente, sé perfecto. *Ambulo.* Veré tus esfuerzos, y los secundaré; tu emulacion, y la aprobaré; tu valor, y lo sostendré; tus progresos, y los coronaré con un testimonio patente de mi justicia y de mi amor.

Lo que Dios en los antiguos tiempos dió á entender á Abraham, lo ha repetido á cada uno de nosotros en ciertas épocas de particular fervor de que todos podemos fácilmente acordarnos. Glorifiquemos, pues, y demos gracias á su bondad, por habernos llamado en determinadas ocasiones con su gracia y sus inspiraciones, manifestando con esto cuán vivamente desea nuestra eterna felicidad. Para responder á esos repetidos llamamientos de Dios es menester que hagamos algunos progresos, que demos algunos pasos en el camino espiritual: es necesario que pasemos sucesivamente de la tibieza al fervor, de la indiferencia al amor, del egoísmo á la abnegacion, del vicio á la virtud, de la virtud á la perfeccion. Tal es el lenguaje que oimos interiormente, sobre todo en los preciosos momentos de la comunión, en que el mismo Jesucristo nos dice: sed perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto. Este Dios Salvador, cuando habla de esta suerte á nuestro corazón, no ignora ciertamente cuán débiles somos; conoce nuestra oposicion al bien, la inconstancia de nuestra voluntad, las ilusiones de nuestro entendimiento, nuestro amor al reposo, nuestra tibieza en lo que concierne á su servicio; sabe que somos hoy diligentes y fervorosos, mañana remisos é indiferentes; hoy dóciles á los movimientos de su gracia, mañana sordos á sus reiteradas inspiraciones; sabe que hoy estamos firmemente resueltos á no cometer falta alguna premeditada, y mañana cometeremos sin reparo innumerables pecados so pretexto de que son leves; sabe, en fin, que hoy somos fieles observadores de nuestros deberes, y mañana los infringiremos á la primera ocasion que se nos presente y que quizá nosotros mismos buscaremos. Jesucristo conoce muy bien esa extraña disposicion de nuestras almas, cuando nos dice: sed perfec-

tos; mas, sin embargo, no cesa de incitarnos esa máxima, para inducirnos á superar los obstáculos que se nos presentan al paso, á caminar continuamente por el camino de la virtud, á contar nuestras victorias por el número de nuestras tentaciones, á adquirir por último la divina caridad, que perfecciona todas las virtudes, para que seamos dignos hijos del Padre celestial, para que lleguemos á parecer-nos á él cuanto una criatura puede parecerse á su Criador, para que reproduzamos en nosotros mismos, aunque muy imperfectamente, su imágen, á fin de que seamos dignos de gozarle y glorificarle eternamente.

¡Ah! si comprendiésemos toda la fuerza de ese precepto ¿seriamos tan indiferentes é insensibles á los santos atractivos de la virtud? Despues de tantos años que oimos hablar de Dios, de la gracia, y de los grandes auxilios que ésta nos suministra, ¿no deberiamos ya haber reformado nuestra vida con arreglo á un plan de virtud y santidad? ¿no deberiamos haber caminado por el sendero de nuestra santa vocacion á la luz radiante de la fe? ¿no deberiamos haber buscado y puesto por obra todos los medios de agradar al Señor? ¿no deberiamos, en fin, haber producido á sus ojos toda suerte de frutos de obras buenas, como lo aconsejaba el Apóstol á los Colosenses? No creais, empero, amados hermanos, que trate de elevar hasta una altura inaccesible para vosotros el grado de virtud á que debeis aspirar. No os diré más que lo que se dijo á S. Juan para que lo trasmitiese y explicase á los fieles todos, lo mismo á los que vivian en medio del tumulto del mundo, que á los que permanecian en el silencio y en la quietud del retiro: El que es justo, sea aún más justo: *Qui justos est, justifietur adhuc.* Esas son las palabras que oyó el discípulo amado; palabras que cada uno de vosotros debe aplicar-se á sí propio; palabras que nos revelan la gloria y el placer que Dios reporta de nuestro progreso espiritual; palabras que nos obligan á todos á trabajar sin tregua, á caminar sin descanso hácia la perfeccion, que es el fin que el mismo Dios ha propuesto al hombre.

Dios quiere que seais santos, nos dice el Apóstol: *Voluntas Dei sanctificatio vestra.* Hé aqui la explicacion de esto. Dios, por su naturaleza, contiene en sí el principio de toda belleza, de toda grandeza, de toda justicia y de toda perfeccion. Esencialmente santo en sus operaciones, no puede amar, ni desear, ni aprobar, ni querer cosa alguna torpe ó impura. De aquí es que si se digna poner su amor y su complacencia en alguna vil criatura, y comunicarse particularmente á ella; si alguna vez lleva su bondad hasta el punto de morar en ella con una dulcísima é inefable intimidad, es porque ha

observado en aquella criatura una belleza, una bondad, una pureza de alma, que él ama como emanación de su naturaleza ó como precioso efecto de su gracia: por esto puso su complacencia en Jesucristo, porque vió en él todo el esplendor de su sustancia; por esto se comunicó á los santos, porque vió brillar en ellos su propia imagen. De aquí se infiere que Dios solo ama á la virtud, que la virtud es lo único que ama en nosotros; de donde se sigue, que solo exige de nosotros la virtud, y que nos la exige en un grado proporcionado á la gracia que se digna dispensarnos.

¡Cómo! Dios mio, ¿el precepto que nos habeis impuesto de aspirar á la santidad, es decir, de extirpar poco á poco en nosotros el gérmen del pecado, de abogar la concupiscencia que es su pernicioso fruto, de subyugar nuestras pasiones, de corregir nuestras costumbres viciosas, de cambiar el objeto de nuestros sensuales deseos, de vigilar nuestro corazón para preservarlo de toda sorpresa ó seducción, de observar vuestra ley, de seguir vuestros consejos, de usar de vuestros dones como de otros tantos medios de santificación, santificación que, si queremos, puede ser cada día más perfecta; ¡cómo! repito, el precepto de hacernos santos, la voluntad expresa que nos habeis manifestado de que lleguemos á serlo, ¿no tiene otro origen que el grande amor que nos profesais, y el deseo ardiente que tenéis de procurarnos por medio de la posesion de vos mismo la eterna felicidad? Y nosotros, Dios mio, no amamos en vos esa voluntad tan sumamente benévola! y la encontramos dura, onerosa y difícil de practicar! y aún quizá nos atrevemos á considerarla cual uno de aquellos preceptos cuya dureza revela el carácter severo de quien los dicta, cuando, por el contrario, no es más que un efecto de amor, del amor de un Dios-Padre! ¡Ah! rectifiquemos, hermanos míos, nuestros falsos y temerarios juicios; aprendamos á conocer la bondad de Dios hasta en sus mismos mandatos. Reconozcamos al fin que si nos manda progresar en la virtud, si quiere que nos pongamos en aquella disposicion de espíritu y de voluntad que conduce á la santificación, es por nuestro propio bien, porque no hay nada más agradable para él, ni más necesario para nosotros.

2. En efecto, no hay nada para nosotros más necesario que el progreso en la virtud. Prueba, de esto son los muchos años que han trascurrido inútilmente desde que tenemos uso de razon, y que han dejado en pos de nosotros un vacío tan horroroso; las muchas gracias que se nos han otorgado, y que han resultado infructuosas por causa de nuestra negligencia; los muchos méritos que hemos dejado de adquirir, no obstante la inspiracion divina que con suave violen-

cia nos instaba á enriquecer con ellos nuestra alma; las numerosas ocasiones de hacer bien que hemos desaprovechado; los muchos ejemplos edificantes que hemos visto con indiferencia, cuando todo nos inducia á imitarlos; los repetidos avisos de la fé, confirmados por una frecuentísima y á veces terrible experiencia, por los cuales se nos advierte que el tiempo que tenemos para merecer es poco, que la duracion de nuestra vida es incierta, que un instante puede declinar de nuestra suerte, y que por lo tanto importa muchísimo que nos deliquemos sin intermision al cumplimiento de nuestros deberes cristianos.

Estas razones que acabo de indicar someramente, bastarán sin duda para probar de una manera incontestable esa necesidad. O somos justos, ó somos pecadores: en ambos casos tenemos que mejorar ó que reparar: el mejoramiento es obra del fervor, la reparacion es obra del dolor; de manera, que siempre y en todos casos tenemos motivos poderosos que nos estimulan á adelantar en el camino espiritual, á progresar en la virtud. Mas á esos motivos generales se añaden otros dos, capaces por el temor que inspiran, de impresionar vivamente á toda alma que no mire con absoluta indiferencia los bienes é intereses de la eternidad. Si no progresamos en la virtud, nos exponemos á ver secarse para nosotros la fuente de las divinas gracias: tal es el primer motivo.—Muchas veces caemos, sin advertirlo, en un estado de tibieza que pone en el mayor peligro nuestra salvacion eterna: tal es el segundo motivo.

Dios nada debe á su criatura, y lo que ésta recibe de él es un puro don de su liberalidad. Esto no obstante, ¿rehusa Dios auxiliar nuestra debilidad? Muy al contrario, siempre abiertos los tesoros de su misericordia para todos aquellos que, convencidos de su insuficiencia, invocan su poderosa proteccion. ¿Por ventura se niega á oír nuestros ruegos ó á satisfacer nuestros justos deseos? Lejos de esto, siendo, como es, esencialmente bueno, se goza en dispensar sus favores; y si alguna vez nos castiga, es contra su voluntad, pues nos ama con todo el amor de padre. ¿Rehusa comunicarse cuando por medio de respetuosos homenajes una criatura fiel llama á las puertas de su corazón? ¡Ah! entónces es cuando olvida en cierto modo lo que él es, para hacerla entrar en la dulcisima posesion de sí mismo. ¿Luego, direis, Dios á nadie niega su amor ni sus beneficios, y todos pueden contar con su bondad? Si, hermanos míos, desde el momento que correspondemos á sus deseos, secundamos sus designios, recibimos con fruto sus visitas y le otorgamos nuestro amor, podemos poner en él toda nuestra confianza. Pero ¿podemos tener esta con-

fianza cuando no procuramos progresar en la virtud? No. ¿Sabeis por qué? Porque el que permanece inmóvil en el camino espiritual manifiesta una pureza indigna de un cristiano, una negligencia criminal, un menosprecio imperdonable á las bondades y beneficios divinos. ¿Es conveniente, es justo que Dios se dé á nosotros, cuando descubre en nuestra alma esa pereza, esa negligencia, esa indiferencia absoluta á todo cuanto se refiere á su honra y á su servicio? ¿Debe por ventura violentarnos, contrariar nuestras inclinaciones, exigir á viva fuerza nuestros homenajes? No; porque de esta manera destruiria nuestra libertad. Entónces ¿debe continuar prodigándonos sus favores, y exponiendo por lo tanto á la indiferencia, al menosprecio y á la profanacion el precio de la sangre y de la muerte de su Hijo unigénito? No, no; lo que entónces debe hacer, lo que hace comunmente, es apartar de nosotros sus ojos y privarnos de sus divinas gracias.

Entónces sucede con nuestras almas lo que con las montañas de Gelboé, sobre las cuales ni la lluvia ni el rocío del cielo derraman sus favorables influencias. No creais, hermanos míos, que hable por meras conjeturas; pues cuando acabo de decirlos sobre el modo de proceder de Dios para con las almas tibias y perezosas, lo vembis confirmado con repetidos ejemplos en las santas Escrituras. En ellas vemos que el Señor manda á Josué que despida la mayor parte de los que se presentan á pelear bajo sus órdenes. ¿Y cual es la causa de su exclusion? La disposición interior y actual de esos combatientes: hombres acostumbrados y poco aguerridos dice el Señor, acostumbrados y aficionados al reposo, en vez de avanzar con valor, retrocederán al primer encuentro; la ambicion de gloria personal, más bien que la gloria de mi nombre; el vano deseo de distinguirse á los ojos de la nacion, los mueve á reunirse bajo tus banderas; no los admitas en tus huestes. Ved aquí, oyentes míos, el retrato de aquellas almas, que, si bien algunas veces se proponen seguir las huellas del Dios de toda virtud, dominadas por la pereza no dan un solo paso en la senda de la perfeccion.

En otra ocasion semejante á la anterior, el Señor prueba admirablemente la verdad de lo que estoy diciendo. Los israelitas sucumben en una batalla, de cuyo éxito depende su honra, siendo un puñado de hombres la causa de esta derrota que llena de oprobio á todo Israel. Vais á ver de qué manera explica la Escritura este ignominioso suceso. ¡Ah! dice, esos hombres no eran de aquellos fuertes de Israel, que intrépidos en el combate, avanzan sin cesar, ponen siempre su valor al nivel de los peligros que les amenazan, cuentan sus victorias

por el número de sus batallas, y no dejan enfriar el ardor que les alienta hasta despues de haber superado los últimos obstáculos: nada, en fin, anunciaba en ellos aquel santo ardimiento que pide á sus campeones el Dios de los ejércitos. Hé aquí, amados hermanos, la fiel pintura de aquellas almas que, despues de haber practicado algunas buenas obras, despues de haber conseguido algunas victorias contra sus pasiones, confiando demasiado en sus primeros triunfos, dan oídos á las insidiosas sugerencias de la pereza, y se quedan ociosos cuando deberian redoblar su actividad y ardor. Así, por no haber dado algunos pasos más en el sendero de la virtud, Dios permite que sucumban en una ocasion decisiva, manifestándoles con esto que las abandona á su propia negligencia.

En el Evangelio hallamos tambien confirmada esta misma verdad por boca de Jesucristo. Ved de qué manera procede el Señor, figurado en la parábola de los Talentos. Próximo á ausentarse, llama á sus siervos, y reparte entre ellos ocho talentos de plata, mandándoles que los negocien y acrecienten durante su ausencia. Uno de los siervos mantiene ociosa é improductiva la cantidad que se le ha dado, enterrándola en el suelo. ¿Cual será su suerte? ¡Ah! hermanos míos, tiemblo al repetir la terrible sentencia que contra él fulmina Jesucristo: *Quitadle el talento, dico; porque á quien no tiene, quítárselo aún aquello que parece que tiene*; como si dijese: El que no se aproveche de las primeras gracias que Dios le concede para que por su medio adquiera otras, para que progrese de continuo y sobresalga en la piedad, para que ponga, en fin, el sello á la obra de su perfeccion, á este tal, quítesele su talento, es decir, las gracias particulares que se le habian otorgado y las que se pensaba otorgarle. Despues de este tremendo ejemplo ¿habrá quien se atreva á decir, que es indiferente el progresar en la virtud? ¿No deberemos concluir más bien, que es importantísimo, que es necesario que crezcamos constantemente en méritos, en piedad y en amor delante de Dios? Si en esta parte somos renisios ¿sabeis cuál será nuestro castigo? Ese fatal letargo que la pereza produce en el alma, la tibieza; porque es tan imposible que una embarcacion suba sin auxilio de remos contra la corriente de un rio, como que nuestra alma deje de preparar su ruina si se detiene en el camino de la virtud. Y si bien puede suceder que en tal estado, continúe por algun tiempo gozando de la divina proteccion, esto no obstante, no puede negarse que corre apresuradamente á su perdicion, que se acerca y casi toca á ella.

En efecto, aunque el desprecio de todo progreso espiritual, lo que

yo llamo tibieza, no iguala en la malicia al pecado mortal, sin embargo, ese desprecio produce las más funestas consecuencias: disminuye la afición á las cosas del cielo, aminora la intensidad del afecto para con Dios y amortigua insensiblemente, si no lo apaga del todo, el fuego de la divina caridad. Ideas sublimes de la fe, reflexiones saludables, santos pensamientos, fervorosas aspiraciones, retiro interior, oraciones afectuosas, lecturas provechosas, circunspección en el hablar, órden en las acciones cotidianas, delicadeza de conciencia; todo desaparece. Entregado á las cosas exteriores, puede decirse que el hombre ya no se pertenece á sí mismo: á tal extremo conduce la tibieza, ó sea el menosprecio con que solemos mirar cuanto se refiere á nuestro progreso espiritual. Y ese daño, ese daño inmenso que la negligencia causa á nuestra alma ¿es á lo ménos bastante sensible para atemorizarnos? ¿lo vemos siquiera? No por cierto; y esta es nuestra mayor desgracia. Vivimos en la mayor seguridad, en la confianza más absoluta: siguiendo el sendero trazado por las costumbres generales y por nuestros propios hábitos, hacemos hoy lo mismo que ayer, y haremos mañana lo mismo que hoy; giramos siempre dentro de un mismo círculo de intereses y afectos, cultivamos las mismas relaciones, nos dedicamos á los mismos negocios, practicamos los mismos ejercicios de piedad y religión, procedemos en todo con igual uniformidad, sin considerar que si nuestras acciones son malas, debemos corregirlas, y si son buenas, debemos procurar que sean aún mejores, más perfectas y más santas.

Esa vida uniforme, esa constante reproducción de obras comunes é idénticas es un sueño, un letargo funesto que paraliza las fuerzas de nuestro espíritu. ¿Cuándo será que despertemos de él y nos digamos interiormente: ya es tiempo, ya es tiempo en verdad, de pasar del mal al bien, de lo bueno á lo mejor, de lo mejor á lo perfecto? Todo me recuerda y advierte que esta vida es para mí una cosa transitoria, que llegará la hora de la muerte, y entonces las buenas obras serán mi único patrimonio. Ahora bien, ¿qué caudal de obras buenas he acumulado para que me sirva de mérito en aquella hora suprema? No tengo más que los frutos del vicio, que me amenazan con una próxima maldición; carezco de virtudes, de aquellas virtudes dignas de la corona de justicia con que se premian los esfuerzos, la perseverancia y los progresos del alma verdaderamente cristiana: por tanto me expongo á comparecer ante el tribunal de Dios con las manos vacías, como el siervo perezoso del Evangelio. Voy, pues, á mudar de vida: lo digo con resolución y para no retractarme jamás, oh Dios mío, mediante el auxilio de vuestra gracia. Aunque me sea

precisado á repetir unos mismos actos por razon del estado en que os habeis dignado colocarme, los practicaré de manera que concurran á vuestra mayor gloria y á mi mayor perfección. Me propongo ser en adelante cada vez más celoso en vuestro servicio, más caritativo para con el prójimo y más atento en vigilar los movimientos de mi corazón. Esto es lo que deseo, lo que me propongo y lo que os pido.

Llevemos á cabo, hermanos míos, estas cristianas resoluciones, acrecentemos continuamente el caudal de nuestras virtudes, y entonces el manantial de las divinas gracias, léjos de agotarse, se hará más y más copioso para nosotros; y si á pesar de nuestros buenos propósitos, cometemos todavía algunas faltas, éstas no serán bastantes á desalentarnos, pues merecerán la indulgencia de Dios, que perdona á los que de veras le aman. ¡Ojalá que estas saludables reflexiones contribuyan á alentarnos con la firme esperanza de poseer despues de la presente vida los bienes de la eternidad! Amen.

PRÓJIMO; véase: AMOR AL PRÓJIMO, y CARIDAD.

PROMESAS DE DIOS Y DEL MUNDO; véase: BANDERAS (*las dos banderas*) y MUNDO.

PROPAGACION DE LA FE; véase: FE.

PROPIEDAD.

(EL DERECHO DE)

I.

*In ardore vultus tuis reseris pane, donec
reseriaris in terram de qua sumptus es.*
Mediante el su or de la rostra comerás el
pan, hasta que vuelvas á la tierra de que
fuiste formado.

(GEN. III, 19.)

Estas palabras, mis queridos hermanos, á la vez que proclaman la ley del castigo y de la expiación, consagran la ley no ménos respe-